

CLUB DEL MISTERIO

PETER CHEYNEY



**ESTE HOMBRE
ES PELIGROSO**

— 3 —

Lemmy Caution, el agente n.º 1 del FBI, haciéndose pasar por un gángster para infiltrarse en las redes mafiosas, descubre y debe enfrentarse a Siegella, un malhechor que planea el secuestro de Miranda Van Zelden, una joven y rica heredera.

ORDEN DE APARICIÓN

de los personajes

LEMMY CAUTION, que relata la historia

MIRANDA VAN ZELDEN, una chica bonita, millonaria y audaz

FRENCHY SQUILLS, que se creía dueño de Toledo

TONY LACASSAR, que opinaba lo contrario

YONNIE MALAS, un tipo buen mozo al estilo latino

FERDIE SIEGELLA, veneno puro

CONSTANCE (o Connie)

GALLAT, detective privado

MAC FEE, un buen amigo de Lemmy

GOYAZ, un hombre de empresa

KASTLIN, su socio

LOTTIE FRISCH, mujer de Kastlin

WILLIE BOSCO, medio hermano de Lottie

SIR WILLIAM HODWORTH, comisionado de policía

GRANT, segundo secretario de la Embajada

SCHIEDRAUT, agente especial del FBI

“¡Atención! ¡Atención! ¡Policía Caminera! ¡Llama el Departamento Central de Policía de Oklahoma! ¡Atención!...”.

“¡Busquen a Lemmy Caution, que fugó esta tarde de la cárcel de Oklahoma después de matar al guardián y al administrador! Atención, repetimos: ¡Busquen a Lemmy Caution, fugado de la cárcel de Oklahoma! Según la última información se dirige hacia el límite del Estado, a la altura de Tahlequah, posiblemente camino a Joplin. Repetimos: posiblemente camino a Joplin...” “¡Atención, tomen nota: automóvil sedán Ford V8, color verde oscuro, sedan Ford V8 verde oscuro, con el vidrio de la ventanilla del lado del volante roto, vidrio roto ventanilla del volante... Patente de Missouri, aunque posiblemente ha sido cambiada. Repetimos, sedan Ford V8, verde oscuro, vidrio delantero roto, patente Missouri!”.

“¡Atención! ¡Policía Caminera...! ¡Llama el Departamento Central de Policía de Oklahoma!... ¡Avisen a todas las estaciones de servicio entre Tulsa y Tahlequah!... ¡Posiblemente necesitará nafta! ¡Lemmy Caution va armado! Repetimos: ¡Lemmy Caution va armado!... ¡Atájenlo de alguna manera! ¡Este hombre es peligroso!...”.

I

Ni Miranda van Zelden hubiera podido arruinar la sensación de felicidad que sentí aquella noche en la esquina de Piccadilly y Haymarket.

Era una de esas noches. Ustedes saben lo que quiero decir: una de esas noches en que uno está convencido de que es un genio y que se ha metido a los demás en el bolsillo. Me sentía dueño del mundo –cosa que no me sucede con frecuencia.

Míreme. De acuerdo a la ley me llamo Lemmy Caution, pero tengo tantos alias que a veces no sé si soy John Doe o es jueves. En Chicago –lugar que algunos llaman Chi, para demostrar que han leído mucho– solían llamarme “Dos veces”, porque decían que hacía falta dos tiros para pararme; y en otro lugar donde los vigilantes se ponen verdes cuando me recuerdan, me llamaban Toledo.

Soy un tipo importante, como ven; si no me creen, vayan y fíjense en cualquier lugar donde haya archivo policial y aparato para tomar impresiones digitales, y entérense: apuesto a que me van a respetar por el resto de mi vida.

Todo lo cual es muy interesante pero no nos lleva a ninguna parte y no aclara nada de esa señorita Miranda van Zelden, que por lo pronto es una chica que me ha dado muchos dolores de cabeza –de eso no les quepa duda.

Pero aquel día en Haymarket todo me parecía lindo. Claro, era la primera vez que estaba en Londres, y la forma de llegar hasta allá había sido bastante divertida. Alguien, en Nueva York, me había dicho que estos vigilantes ingle-

ses son tan despiertos que a veces se arrestan entre ellos, para practicar y que mis probabilidades de pasar la revisión de los pasaportes eran iguales a las probabilidades de seguir siendo una chica buena que podría tener una rubia bonita en casa de Ma Licovat, allá en Greek Alley y la calle Doce... Bueno: se equivocaban.

Pasé. Me colé vía Marsella, donde un viejo chiflado que se especializaba en burlar guardias aduaneros me vendió por cuatrocientos dólares un pasaporte norteamericano de primera, con el nombre de un tipo verdadero y una foto con la misma cara que pongo después que me dan una buena trompada.

Camino por Haymarket –decía– y son las once y acabo de despacharme una buena cena y llevo smoking y orión. Por si necesitan saber más, les diré que peso casi cien kilos y tengo esa clase de cara que gusta a las mujeres porque resulta un alivio mirarla después de ver a los tipos que hacen ballet ruso. Además tengo cerebro –y una chica de Toledo se emborrachó hasta hacerse polvo nada más que porque la dejé plantada–, lo cual, como tal vez les haya contado alguien, significa sex appeal; de modo que ya saben.

Decía que era una linda noche, y que yo andaba dando vueltas por Haymarket, callado, pensando mis cosas – porque es bueno que sepan que soy uno de esos individuos que siempre andan metido en más líos de lo que es saludable. Este asunto de Miranda van Zelden del que comencé a hablar no crean que es una audición infantil; había uno o dos tipos que, de haber sabido la verdad, me hubieran liquidado en menos tiempo del que lleva mirarme.

Tal vez tengan una idea de lo que es un secuestro. Se agarra a un tipo, o a una mujer o a lo mejor a un chico (que, naturalmente, tienen que ser *de sociedad*) y se lo esconde en algún lugar hasta que la familia vomita el dinero necesario. Alguno de los mejores muchachos que he co-

nocido se dedicaban a este negocio. Es un trabajo fino y rinde, si los federales no meten la cuchara.

Lo cual me trae de vuelta a donde estaba antes de salirme del tema, ¿verdad? Los federales... es decir, los Agentes Especiales del Departamento Federal de Justicia, los G-men, los chicos que no se equivocan nunca. Viniedo de Marsella, algo me decía que había uno a bordo... pero ya volveremos sobre esto más adelante.

Ahora les presento a Miranda van Zelden –la pulcritud personificada–. ¡Damas y caballeros, estrechad la mano de la niña!

Ya que la conocen, les pasaré alguna información sobre ella. Miranda es heredera de diecisiete millones de dólares –¿alguien se quedó con la boca abierta?–. Además, es loca como una cabra, y la chica más bonita con que podría soñar un hombre de negocios cansado, que tuviera que quedarse trabajando hasta tarde en la oficina.

La primera vez que conversé con Miranda fué en la “Hostería de la Madreselva y el Jazmín”, sobre la carretera de Toledo. Fué la noche en que Frenchy Squills se decidió a enfrentar a los muchachos de Lacassar, que administraban el boliche. Créanme que la cantidad de madreselva y jazmín que se vió esa noche cabía en un dedal. Debieron cambiarle el nombre al lugar, y ponerle Callejón del Plomo, porque la cantidad de hierro caliente que volaba por la Hostería... es cosa que no le importa a nadie.

Lo recuerdo bien: es la una de la mañana y estoy apoyado contra uno de los pilares de la pista de baile, esperando a ver si sucede algo divertido. De paso me recreo la vista observando a Miranda, que baila con uno de los gorilas de Lacassar –en aquel tiempo a ella le interesaban los pistoleros–, y pensando que es lindo mirarla, pues Miranda es ágil como una pantera, tiene una silueta capaz de arruinar unas bodas de diamante y baila como los ángeles. La miro, y me digo qué lástima que una chica tan interesante frecuente lugares como éste buscando emociones

nuevas, y se roce con un montón de porquería que no serviría ni para limpiar los guardabarros de su automóvil.

Antes de seguir, tal vez convenga aclarar cuál es la posición de los muchachos de Toledo. Lo que hacía yo allá no le interesa a nadie. Yo siempre ando a la pesca de algún lío de donde pueda sacar una tajada, y había llegado a Toledo procedente de Oklahoma, donde las cosas se me habían puesto espesas; además, había oído hablar de Miranda.

En Toledo nadie estaba muy seguro de quién corría a quién. Míster Roosevelt, Presidente de los Estados Unidos, y un individuo llamado J. Edgar Hoover, del Departamento de Justicia, habían asegurado que limpiarían de pistoleros al país. Parece que el Departamento de Policía se enteró, y repitió lo mismo. Pero en ese preciso momento, nadie podía asegurar si los policías corrían a los pistoleros, o viceversa. La ley por sí sola no sirve para nada. Después de ésta, había más violencia y más brutalidad que antes.

Frenehly Squills suponía que el dueño de Toledo era él. Y en efecto, él era el rey de cuanto contrabandista, ladrón y pistolero andaba por ahí... hasta que apareció Tony Lacassar. Tony había abandonado Chicago después de una discusión que tuvo en un garage, de resultas de la cual cuatro vigilantes, tres G-men y un viajante de comercio borracho terminaron tan llenos de plomo que ya no podía importarles nada de nada.

A Tony le aconsejaron que se ausentara por un tiempo, de modo que se dirigió a Toledo y reunió a su alrededor lo más selecto del lugar. He conocido algunos tipos malos, pero los muchachos de Lacassar eran veneno puro.

Bueno, un día Tony comienza a abrirse camino, y cuando Tony empieza a abrirse camino, hay que hacerse a un lado. Frenehly trata de guardar las apariencias, pero después de encontrar a uno de sus matones, cerca de Bahía Maumee, clavado a un árbol, con clavos de cuatro pulgadas y una nota con afectuosos saludos de Tony a Frenehly

pegada en la boca... la impresión general es que Frenehy tiene el partido perdido.

Hay una reunión, y se concierta una especie de tregua. Las cosas se tranquilizan por un tiempo, pero el hecho de que Frenehy dirija ahora un solo boliche –la Posada de la Madreselva y el Jazmín–, no satisface a Tony. Tony necesita ser dueño de todo. Y por lo que parece, la noche de que les hablo ha resuelto apoderarse del lugar.

Lo cual me interesa. Pienso que cuando estos tipos terminen de matarse entre sí, tal vez quede algo para mí, –y soy un tipo paciente–, he ganado medallas por esperar cosas –dinero, mujeres, fiscales, cualquier cosa–; y además me interesa por otro motivo. Yo sé perfectamente bien que este Lacassar no es en realidad el jefe. Siempre he sospechado que detrás de Lacassar hay algún tiburón más grande, que Lacassar no es más que una pantalla. También sospecho que ese tiburón mayor es un individuo llamado Siegella, un tipo realmente importante –veneno puro, además–. Las cosas que ha hecho este Siegella no son para contar.

Como les decía, es casi la una de la mañana y estoy apoyado en una columna observando lo que hace Miranda con Yonnie Malas, que es ametralladora número uno de Lacassar. Este tipo Malas es buen mozo al estilo itálico y por cierto que sabe bailar. Y Miranda también. Les aseguro que es una buena pareja, pero me molesta un poco debajo del cinturón ver una cosa tan linda como Miranda, que además es norteamericana, bailando con un peninsular barato como Yonnie.

Es una noche calurosa –una de esas noches en que cada vez que uno respira se pregunta de dónde va a sacar el aire–. El cuello de mi camisa ha empezado a marchitarse. Tengo ganas de que llueva o pase algo, en fin, que limpie un poco el ambiente.

El salón de baile es grande, pero sofocante. Los salones de baile siempre son sofocantes. Y está lleno de mato-

nes, pistoleros, niños bien, damas de media carrera y cuanto bicho se encuentra siempre en lugares parecidos. Calculo que más o menos el treinta por ciento de los tipos llevaban un revólver escondido en alguna parte de su anatomía, y saben cómo se usa.

Después de un rato me acerco al bar que hay al final del salón y me convido con un whisky.

–Lindo lugar –le digo al encargado.

–Ah, sí. Muy original. ¿Y qué?

–Oiga –le digo–. No hace falta ponerse así. Estoy pasando el rato, ¿sabe?

–Está bien. Por mí... –dice–. Pasar el rato no le hace mal a nadie, pero ese whisky cuesta un dólar.

Le contesto que un dólar me parece demasiado dinero por ese whisky, a lo cual contesta que para mucha gente un dólar *siempre* es demasiado. Ya para entonces he llegado a la conclusión de que este barman me va a proporcionar menos información que un par de dolores de cabeza. De manera que atravieso otra vez el salón de baile, salgo a la veranda, y doy la vuelta al edificio.

El garage que hay atrás de la Posada es un cobertizo largo y bajo; corre paralelo a un camino que describiendo una curva se une a la carretera principal frente a la Posada. Al final del garage, apoyado contra un poste y observando el camino, hay un tipo. Lleva smoking y sombrero. Fuma.

He visto tipos así antes, y por lo general estaban esperando que sucediera algo. El tipo me descubre, me observa, y mete la mano en el bolsillo derecho del saco, cosa que cuando uno ha vivido en los Estados Unidos tanto como yo, significa algo.

Tiro la colilla de mi cigarrillo y me acerco.

–¿Qué tal, viejo? –le digo–. ¿Me da fuego, por favor?

Saco dos cigarrillos del bolsillo y le ofrezco uno. Me mira, y por la mirada me doy cuenta de que es un imbécil.

Al sonreír muestra un montón de dientes de fantasía. Saca un encendedor y me da fuego. Después vuelve a ob-

servar el camino.

–¿No le gusta adentro? –pregunta.

Me seco la nuca.

–No se está muy bien. Un calor bárbaro... No me explico cómo puede venir gente a un lugar así.

El tipo me mira.

–¿No te gusta? –repite–. Bueno ¿por qué no te vas?

–¿A dónde? Me parece que a usted tampoco le gusta. ¿Por qué no me acompaña a tomar un trago?

Vuelve a meter la mano en el bolsillo.

–Cuando tengo ganas de tomar algo –dice– me lo pago. ¿Qué te parece si te vas? ¡Estoy ocupado!

Tiro la ceniza de mi cigarrillo.

–Disculpe, viejo –le digo–. No sabía. ¿Esperando a alguien?

Me mira con ojos de víbora.

–¿No te dije que te fueras? Me parece que tanta curiosidad te va a meter en un lío.

–Bueno, no es necesario ponerse así. No lo dije con mala intención. Buenas noches.

Echo un tranquilo vistazo a mi alrededor, y veo que no hay nadie. Después hago como que me doy vuelta, pero en cambio giro sobre los talones y le doy una trompada justo entre los ojos. El tipo se viene al suelo como si le hubieran dado un hachazo. Lo agarro del cuello y lo arrastro al rincón más lejano del garage, que está oscuro, y lo apoyo contra un automóvil. Después lo palpo de armas.

El tipo lleva un Smith & Wesson Especial en el sobaco izquierdo, y una automática Colt 38 en el bolsillo derecho del smoking; en el cinto, un cuchillo marinero sueco, de siete pulgadas; en el bolsillo izquierdo del pantalón, una granada pequeña.

La Armería Central de Nueva York no tendría nada que envidiarle.

Lo apoyo contra la pared y comienzo a pellizcarle la nariz, que es una manera eficaz de hacer volver a la tierra a

cualquiera, y al ratito el tipo comienza a sacudir la cabeza. Después abre los ojos.

–Okey –murmura–. Espera un poquito, por favor. Esto te va a costar algo, vivo. Te aseguro que tu mamá te va a querer cambiar por un par de pantalones viejos. Espera a que Lacassar te tenga a mano y...

–Tranquilo, muchacho –le digo, dándole una palmada en la cara–. El que habla ahora soy yo. No quisiera ofenderte ni nada por el estilo, pero me gustaría saber qué estabas esperando. Y nada de fruncirte que tengo tus cañones en el bolsillo. Vamos, querido –continúo–, ¿conversamos o te rompo la cara con ese fierro?

–No sé nada –dice–. Estaba tomando aire. ¿O no se puede tomar aire?

–Vamos, vamos. Te conozco: uno de los muchachos de Lacassar ¿eh? Oye, no creas que soy tan imbécil que no me he dado cuenta de que la mitad de los mozos son pistoleros. Ahí adentro hay mozos que en su perra vida han servido... como no sea en la cárcel. Todos esperando que pase algo. El maître tiene un bulto abajo del brazo izquierdo que parece contrahecho y si el barman no lleva un Smith & Wesson en cada uno de los bolsillos del pantalón yo soy una princesa hindú con reumatismo. La verdad –le digo– es que esta noche el aire huele a pólvora. De manera que lo que hay que hacer es hablar, y hablar en seguida, antes que comience mi demostración con el fierro.

–¡Qué diablos! –dice el tipo–. ¿Por qué no voy a decirte lo que sé? Sí, tal vez haya lío esta noche.

–Okey –le digo–. ¡Muy bien!

Sonríe.

–Bueno, y eso es todo. Ahora devuélveme mis cosas.

Le digo que no sea idiota y le doy unos cuantos golpes. Vuelve a caer, lo ato con unos pedazos de cable que encuentro en un rincón, le meto un pañuelo en la boca, y lo empujo dentro de un sedan que hay al lado, con una

rueda de menos. Calculo que nadie usará ese auto por un tiempo.

Después me voy al camino a pasear un poco y enciendo un cigarrillo. Al rato vuelvo al garage y observo los coches. En seguida encuentro un convertible grandote con M. van Z. escrito en la puerta; lo pongo en marcha, lo saco y me alejo de la Posada; freno en un lugar donde hay tres árboles, y lo dejo allí con el motor en marcha.

Regreso caminando. A unos ochenta metros hay una loma y desde ahí alcanzo a ver un buen pedazo de camino. Justamente a la distancia distingo las luces de algunos autos, y calculo que deben ser los autos de Frenchy y que se detendrán a unos cincuenta metros, fuera del camino, donde hay un bosquecito.

Tengo razón, porque quince minutos después frenan allí, y alcanzo a ver el tipo gordo del primer auto, que es Frenchy Squills. Calculo que es hora de volver a la Posada, de modo que me deslizo para allá, subo a la veranda y entro al salón de baile. Me acerco al bar, me convido con otro whisky y me voy a un rincón.

Al cabo de unos minutos llamo a una de las vendedoras de cigarrillos.

—Escúchame, hermana —le digo—. ¿Te gustaría ganarte cinco dólares?

Me sonrío. Es una linda chica.

—¿Qué puedo perder? —dice.

Le doy los cinco dólares.

—¿Ves esa dama? —le digo—. La que está bailando con el flaco. Quiero que te acerques y le digas que la llaman urgente por teléfono. ¿Entendido? Ya mismo. Que el llamado es en la casilla que hay en el corredor.

—Okey —me dice—. Es fácil.

Cruza la pista y se acerca adonde bailan Miranda y Malas, y Miranda se detiene; veo que le dice algo a Malas y sale del salón.

Bueno, parece que todo lo he hecho justo a tiempo, porque apenas sale Miranda, la orquesta deja de tocar. Y deja de tocar por una poderosa razón. Deja de tocar porque alguien le acaba de agujerear al saxofonista las tripas, y el tipo aúlla como todos los demonios en la plataforma. Al mismo tiempo todos los cristales de las ventanas que dan a la vereda vuelan hechos polvo sin que nadie haya pedido permiso a nadie, y varios tipos cruzan la pista de baile con una ametralladora, hasta donde cinco orangutanes de Lacassar toman whisky. Al mismo tiempo tres mozos de la banda de Lacassar sacan sus armas y proceden a abrir fuego contra las ventanas. En cinco minutos el lugar parece una carnicería, el viernes por la noche.

Una especie de salame gordo que debió quedarse en casita con la mujer y los hijos y no pudo salir a tiempo de la pista de baile, se arrastra ahora con una pierna quebrada por una bala de ametralladora. Pero lo alcanzan de nuevo, esta vez en la cabeza, de manera que el tipo decide quedarse muerto.

La chica de los cigarrillos, que todavía aprieta en sus dedos los cinco dólares que acabo de darle, es herida en el preciso momento en que llega al otro lado de la pista, y se desploma con un extraño gesto de sorpresa en la cara, sin soltar los billetes que comienzan a teñirse de sangre. ¡Pobre!

Yo me quedo muy quieto contra la pared, inadvertido. A mi lado hay una columna de madera, de modo que tengo tantas posibilidades de salir entero como el que más. Con el rabo del ojo alcanzo a ver a Miranda, que a esta altura ya ha descubierto que el llamado era falso y se ha enterado de la batalla; Miranda está en el extremo del corredor que conduce a la cabina telefónica, y asoma la cabeza para espiar la guerra.

Créanme que esta chica es extraordinaria: tiene las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes, y a cada rato echa hacia atrás el ricito rubio que le cae sobre el ojo izquierdo

impidiéndole ver bien. Cualquiera pensaría que pagó diez dólares para presenciar un concurso de tiro al blanco o un partido de béisbol.

Poco a poco las cosas se tranquilizan. Algunos de los muchachos de Lacassar, que estaban fuera, han abierto fuego desde la retaguardia contra los tipos de Frenchy y el combate ahora se desarrolla en el camino que por atrás de la Posada va hacia el lugar donde han quedado los autos de Squills. Tengo la impresión de que éste lleva la peor parte, y comienza a pensar que ha sido bastante idiota esta intentona contra Lacassar, que sea lo que sea es un tipo organizado.

Me parece, además, que es una buena oportunidad para intentar algo, de modo que comienzo a deslizarme hacia el corredor donde está Miranda. Cuando estoy cerca, le digo algo en voz baja:

–Miss Van Zelden, ¿por qué no aprovecha y se va? Éste no es lugar para usted, hermana. Cuando los muchachos terminen de arreglar sus cosas, no sería extraño que se metieran con usted.

–Bueno, pero ¿cómo? –me contesta, sonriente–. Tengo el auto en el garage. ¿Cómo hago para llegar hasta allá? El tiroteo es por ese lado.

–Créase o no, miss Van Zelden, su auto está lejos del garage, sobre el camino, del otro lado de la Posada. Lo encontrará estacionado detrás de tres árboles. Yo lo llevé. Hágame caso y váyase.

–Okey –contesta, encantada–. Ha sido muy amable, forastero; no sé cómo agradecerérselo.

–No se preocupe por eso ahora –le digo–. Ya nos veremos. ¡Hasta luego, hermana!

Miranda da media vuelta y se aleja por el corredor. La sigo, y tres o cuatro minutos después, desde la entrada principal de la Posada, donde me quedo oculto en la sombra, alcanzo a ver las luces traseras de su auto perdiéndose en la obscuridad.